

ENSAYOS / RESEÑAS

ESSAY / REVIEWS

LO POROSO Y LA CIUDAD. “DENKBILDER, EPIFANÍAS EN VIAJES” DE WALTER BENJAMIN.

Mag. Luis Armando Durán Segura, Antropólogo
Investigador y profesor Universidad de Costa Rica (UCR).
luarduse@yahoo.es

Recibido : Ago-2013 / Aceptado : Set-2013

Resumen

El presente texto examina brevemente la noción de porosidad en una obra del filósofo alemán Walter Benjamin. Se retoma en concepto para pensar el espacio urbano y la vida de la ciudad desde la improvisación y la creatividad.

Palabras claves:

Walter Benjamin, Porosidad, Ciudad, Vida Urbana, Nápoles.

Abstract:

This paper briefly reviews the notion of porosity in a work of the German philosopher Walter Benjamin. It takes the concept of think about urban space and city life from improvisation and creativity.

Key words:

Walter Benjamin, Porosity, City, Urban Life, Naples.

“Hoy en día, nadie debe empecinarse en aquello que “sabe hacer”. En la improvisación reside la fuerza. Todos los golpes decisivos habrán de asestarse como sin querer”.

Walter Benjamin, Dirección Única.



Walter Benjamin, fotografía pasaporte, 1928.

Sobre Walter Benjamin (Berlín, 15 de julio de 1892 - Portbou, 27 de septiembre de 1940) sobran las referencias, los análisis y los elogios. Es fácil quedarse sin energía a la hora de teclear algunas palabras sobre tan particular pensador. Los dedos suelen entumecerse ante tan problemático reto. La obra de este materialista heterodoxo, con afinidades judeo-mesiánicas, es amplísima, pero también la de sus traductores, biógrafos, analistas, prologuistas y comentaristas. Entre ellos y ellas, Michael Löwy, Bruno Tackels, Susan Sontag, Giorgio Agamben, Terry Eagleton, Susan Buck-Morss, Peter Sloterdijk, Michael Taussig y los mismos Max Horkheimer y Theodor W. Adorno. Y más cercanos y cercanas a nosotros y nosotras como Renato Ortiz, Beatriz Sarlo, Martin Kottman, Jesús Aguirre y Bolívar Echeverría.

Ante apabullante menaje bibliográfico, se quiere reseñar analíticamente un texto poco conocido, o más bien, poco difundido. Uno de sus diarios. Un relato de viaje que realiza el autor, junto con la actriz y dramaturga letona Asja Lacis, en la ciudad italiana de Nápoles, en 1928. "Denkbilder, epifanías en viajes" (2011) es la reedición de un libro que faltaba desde hace tiempo y que monta, alrededor de cuadros de desplazamientos y costumbres, crónicas cortas de sueños y sutiles narraciones, un rico material autobiográfico y vivencial. Muestra algo que no es obvio para todos los lectores y las lectoras de los trabajos de Benjamin, la enorme influencia de la ciudad y de la vida cotidiana en sus textos.

El intelectual alemán observa, con los ojos de un originario del Norte de Europa, la caótica vida diaria napolitana, su diversidad y su ornamento. La grandeza y decadencia del único y especial Sur europeo. Quien se encuentre, por primera vez, con estas instantáneas literarias se fascinará con los alucinantes pasajes, comidas y gozos, bibliotecas y cafés, desentierros antiquísimos y recuerdos inmediatos. Experimentará, como el berlinés pensaba, un libro "maestro" porque en él se desarrollan problemas personales, colectivos, noveles y longevos, extraordinarios y reales.

Benjamin retrata el cómo la vida pública y vida privada se mezclan en un caos vital, una desordenada escenografía teatral. Los límites entre lo privado y público son tenues y discontinuos, especialmente en los modos en que se ocupan y usan. Semi-privado o semi-público, semi-todo. Nápoles es más un "momento" que un espacio porque infiere movimiento, metamorfosis, un tiempo del "antes" y uno del "después". Nunca se acaba de estar "adentro" o "afuera", parece que se está en el interior como en el exterior a la vez. Lo arcaico vive en la modernidad. Existir en Nápoles, dice Benjamín, es un "asunto colectivo y plural".

Cuando el filósofo deambula por Nápoles, la política está en el ritual festivo, en el carnaval, en la celebración. Una "auténtica" post-it city (ciudad ocasional) de inicios del siglo XX. Espacio perecedero, donde los habitantes desarrollan modos de relación particulares y no convencionales. La "porosidad" aparece así, como la ley inagotable de la vida urbana. Lo multifuncional absorbe los usos domésticos y comunes, desdibujando las fronteras físicas que definen funciones. En la razón porosa existe una

pasión por la improvisación, que exige que el espacio y la oportunidad sean protegidos a cualquier precio. Es un contra-retrato. Es la dimensión temporal que rechaza lo categórico y elige lo espontáneo.

Justamente, el término "porosidad" deriva de la raíz griega poros (πόρος) que quiere decir pasaje, significa tanto un camino, una senda, una calle como un vado, todo aquel medio que permite pasar de un aquí a un allá. Poros evoca el "atravesar". Pasar sobre una línea o una zona de unión, o de separación. La reseña mitológica primaria proviene de "Poros", figura mítica que representaba el espíritu de la oportunidad, el provecho, los medios para conseguir algo y la utilidad de hacerlo. En este sentido, "Poros" es bastante cercano a "Cronos", dios de las fuerzas del tiempo.

Los territorios están des-territorializados, sus amarres desanclados, sus relieves estriados, sus bordes están desbordados y sus centros des-centralizados. Once párrafos seleccionados, presentados a continuación, ejemplifican el "núcleo" flotante del texto:

NÁPOLES. La ciudad semeja una roca. Vista desde el Castel San Marino, desde lo alto, donde no llegan los gritos, yace desierta en el crepúsculo, soldada a la piedra. Sólo una franja costera se extiende llana, detrás se superponen las construcciones escalonadas. Los conventillos de seis y siete pisos, de cuyos sótanos suben escaleras, parecen rascacielos comparados con los chalés. En el lugar donde la base rocosa alcanza la orilla, se cavaron cuevas. Como en los cuadros de anacoretas del Trecento, ocasionalmente, en las rocas se distingue una puerta. Si está abierta, se ven grandes sótanos que son a la vez dormitorio y depósito de mercaderías.

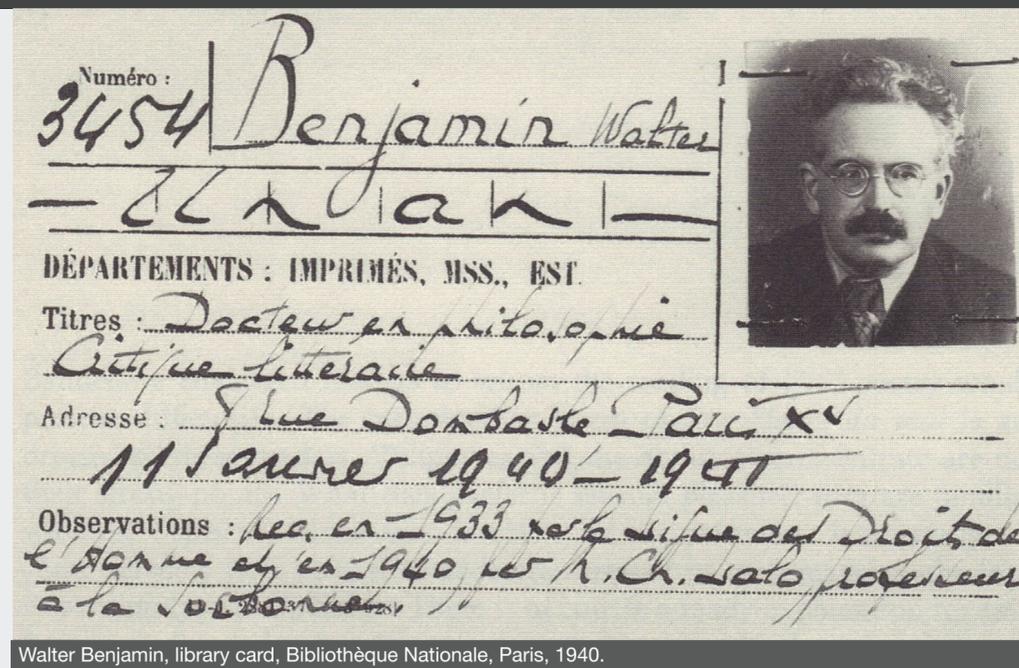
Además, hay escalones que conducen hacia el mar, a tabernas de pescadores que se instalaron en grutas naturales. Una luz tenue y una música débil suben a la noche desde allí.

La arquitectura es porosa como estas piedras. La construcción y la acción se alternan en patios, arcadas y escaleras. Todo es lo suficientemente flexible como para poder convertirse en escenario de nuevas constelaciones imprevistas. Se evita lo

definitivo, lo acuñado. Ninguna situación actual está dada para siempre, ninguna figura pronuncia su "así y no de otra manera". Así se configura aquí la arquitectura, esa pieza contundente de ritmo comunitario. Civilizada, privada y de categoría sólo en los grandes hoteles y depósitos del muelle, anárquica, intrincada, pueblerina en el centro, en el que recién hace cuarenta años se trazaron grandes calles. Y sólo en estas calles la casa en sentido nórdico es el núcleo de la arquitectura urbana. En el centro, en cambio, lo es la manzana, sostenida en sus esquinas por frescos de la Virgen como con broches de hierro.

LABERINTO NAPOLITANO. Nadie se orienta por los números de las casas. Las referencias son los negocios, las fuentes y las iglesias. Y no siempre se trata de referencias sencillas. Porque la iglesia napolitana típica no se exhibe sobre una plaza enorme, visible desde lejos, con naves laterales, coro y cúpula, sino que está escondida, empotrada; las cúpulas altas a menudo sólo se





Walter Benjamin, library card, Bibliothèque Nationale, Paris, 1940.

pueden ver desde pocos lugares y tampoco entonces es fácil llegar hasta ellas; es imposible distinguir la masa de la iglesia de las construcciones profanas que la rodean. El extraño pasa de largo ante ella. La puerta insignificante, muchas veces apenas una cortina, es el pórtico secreto para el iniciado. A él, un solo paso lo traslada de la confusión de patios sucios a la soledad pura del ambiente de una iglesia con paredes blanqueadas con cal. Su existencia privada es el correlato barroco de una intensa vida pública. Porque la vida privada no se desenvuelve aquí entre las cuatro paredes, con la mujer y los hijos, sino en la devoción o en la desesperación. Por calles laterales, la vista se desliza sobre escalones sucios hacia tabernas donde tres, cuatro hombres, están sentados distanciados entre sí bebiendo, ocultos tras los barriles como si estuvieran tras los pilares de una iglesia. En esos rincones apenas se distingue dónde aún se está construyendo y dónde ya comenzó la decadencia. Porque nada se termina ni se concluye (...)

También en el uso de los materiales, la decoración callejera está emparentada con la escenografía teatral. El papel cumple la función más importante. Espantamoscas rojos, azules y amarillos, altares de papel brillante de colores en las paredes, rosetas de papel en los pedazos de carne crudos. También aparecen artistas que despliegan destrezas de variedad. En una de las calles más

animadas hay alguien arrodillado en el asfalto, con una cajita a su lado. Con tizas de colores, dibuja un Cristo en la piedra y, más abajo, la cabeza de la Virgen. Mientras tanto, se formó un círculo a su alrededor, el artista se levanta y, mientras espera al lado de su obra un cuarto de hora, media hora, de entre la ronda caen unas pocas, contadas, monedas sobre los miembros, la cabeza y el tronco de la figura. Hasta que las levanta, todos se dispersan y, en unos instantes, el cuadro quedó pisoteado.

Algunos comen macaroni con las manos, habilidad que exhiben a los extranjeros a cambio de algún dinero. Otras cosas se pagan por tarifa. Los comerciantes pagan un precio fijo por las colillas de cigarrillo que se sacan de las ranuras del piso en los cafés después de la hora de cierre (antes se las salía a buscar con antorchas) y se venden en los puestos del barrio portuario junto con los restos de comida de los restaurantes, sesos de gato cocidos y mariscos. Hay música que va de un lugar a otro: no es melancólica para la corte, sino radiante para las calles. Del carro ancho, una especie de xilófono, cuelgan textos de canciones en colores. Aquí se los puede comprar. Un hombre los hace girar; el otro, a su lado, aparece con el plato ante cualquiera que, distraído, pudiera llegar a quedarse parado. Así todo lo alegre es móvil: música, juguetes, helados se propagan a través de las calles.

Esta música es siempre resabio de los últimos feriados y preludio de los siguientes. Los días de fiesta impregnan irresistiblemente todos los días laborables. La porosidad es la ley que siempre vuelve a descubrirse, inagotable, en esta vida. ¡Hay una huella de domingo escondida en cada día de semana y mucho día de semana en este domingo! (...)

FUEGOS ARTIFICIALES. Durante las noches de julio a septiembre, una sola franja de fuego recorre la costa entre Nápoles y Salerno. A veces sobre Sorrento, a veces sobre Minori o Prajano, pero siempre sobre Nápoles se ven bolas de fuego. Aquí el fuego tiene cuerpo y alma. Está sujeto a modas y artificios. Cada parroquia quiere superar la fiesta de la parroquia vecina mediante nuevos



Napoli vista desde el Castillo de Sant'Elmo, 2010.

efectos luminosos. El más antiguo elemento de origen chino, la magia atmosférica en forma de cohetes que imitan dragones, se muestra varias veces superior a la pompa telúrica: a los soles pegados en el piso y al crucifijo rodeado por las llamas del fuego de San Telmo. En la playa, los pinos del Giardino Pubblico forman una recova. Si uno viaja allí durante la noche de fiesta, la lluvia de fuego anida en todas las copas. Pero tampoco aquí hay ensoñación. Sólo el estruendo logra la apoteosis del aplauso popular. Durante Piedigrotta, la fiesta más importante de los napolitanos, este gusto infantil por el bullicio adopta un rostro salvaje. En la noche del 8 de septiembre, grupos de alrededor de cien hombres recorren las calles, soplando en enormes bolsas, cuya abertura está disimulada con máscaras grotescas. A la fuerza o no se rodea a la gente y desde innumerables tubos el tono sordo penetra, desgarrador, en el oído. Muchas industrias dependen de este espectáculo. Roma, Corriere di Napoli, los vendedores de periódicos estiran el nombre desde su boca como goma de mascar. Su grito es marca popular. (...)

Hay anécdotas divertidas acerca de la habilidad comercial de los napolitanos. En una piazza animada, a una señora gorda se le cae el abanico de las manos. Desconcertada, mira a su alrededor; es demasiado pesada para levantarlo ella misma. Aparece un caballero que está dispuesto a brindarle el servicio por cincuenta

liras. Negocian... y la dama recibe su abanico por diez. (...)

La vida privada es dispersa, porosa y entreverada. Lo que distingue a Nápoles de todas las grandes ciudades es lo mismo que lo que la acerca al pueblo de los hotentotes: torrentes de vida comunitaria recorren todas las actitudes y todos los menesteres individuales. La existencia, el más privado de los asuntos para los europeos del Norte, es aquí una cuestión colectiva como en el pueblo de los hotentotes.

Así la casa no es tanto el refugio al que las personas ingresan, sino más bien el reservorio inagotable del que fluyen. No sólo por las puertas sale lo animado. No sólo hasta el vestíbulo, donde la gente realiza sus tareas sentada en sillas (pues tienen la habilidad de convertir su cuerpo en una mesa). Los enseres cuelgan de balcones como plantas de maceta. De las ventanas de los pisos más altos bajan canastos para correspondencia, fruta y carbón atados a sogas. Así como las habitaciones de la casa se repiten en la calle, con sillas, cocina y altar, así, sólo que en forma mucho más ruidosa, la calle se adentra en las alcobas. Incluso la más pobre está llena de velas de cera, santos de porcelana, racimos de fotos en las paredes y armazones de camas de hierro, como la calle está llena de carretas, de personas y de luces. La miseria logró una extensión de sus límites, que es el

reflejo de la libertad de pensamiento más brillante. El sueño y la comida no tienen horario, a menudo tampoco lugar establecido.

Las reflexiones del autor fueron siempre fragmentarias e inconclusas, estuvieron constantemente en cimentación, atravesadas por la incompletitud. El mismo las concebía como un espacio intelectual de montaje sobre la contemporaneidad urbana, los pequeños ardides que agitan la vida y el mundo metropolitano, que se oponía a las leyes absolutas de la filosofía sistémica. Un trabajo sobre los diminutos y ordinarios gestos urbanos. Salta los límites de la poesía, la ficción y la estética, intenta alcanzar una imagen visual por medio de la palabra escrita, la abstracción y la metáfora.

Por supuesto, la mirada benjaminiana en "Denkbilder, Epifanías en viajes" es microscópica, fina para el detalle y penetrante para los excesos. Recrea repertorios de objetos: la silla vieja en la que se sienta a descansar, el color y olor del uniforme de un guardia, el decorado del plato de comida, las tejas de las viviendas, los sonidos de los pregoneros, los cacharros y chucherías que se venden en las veredas, la brisa alcalina del mar, los escaparates que, al fin y al cabo, son una especie de museo vivo, un museo del presente en movimiento.

La porosidad surge de las "microlibertades" cotidianas, y por ello se desmarca del pesado urbanismo moderno que pretende imponerse. La clásica disputa de Benjamín con sus colegas de Frankfurt llevada a la ciudad. Así, la porosidad como espíritu vibrante que se escurre más allá de los mecanismos de poder, se incrusta en la vida urbana, abre las calles, aligera el aire, fusiona al habitante con el suelo urbano, al usuario y usuaria con el mobiliario y los edificios. Las gentes se camuflan, mimetizan y confunden con las texturas. Experimentan y viven el espacio en distintas velocidades de flujo, son "lentos" por momentos, pero cuando necesitan del "instante" recurren a él. La llamada de la porosidad es hacia una permeabilidad espacio-temporal resultado de la "pasión" por lo imprevisto, producto -sugiere Benjamín- de la necesidad y la insuficiencia. Ninguna situación realizada es prevista para durar por siempre.

Las fluctuaciones trascendentes de las que bebe la creación benjaminiana

tiene sus bases en la pluralidad de fuentes, de flancos, de enfoques, de inspiraciones, de momentos y de correspondencias. La ciudad no escapó a sus peculiares cavilaciones que tienen mucho de nostalgia y de dolor. Benjamin era eso que los franceses y las francesas llamaban un "triste", un peregrino melancólico, un errante corporal y mental. Sus postales, frescas e innovadoras, arrastran con fuerza hacia un marxismo que se podría llamar "cultural" o "ecléctico", aplicado a constelaciones tópicas con tintes surrealistas o, más profundamente, mágicos.

El pensamiento intempérico, móvil y errante de Benjamin -que no se detiene con su muerte en la frontera franco-catalana- es raro, muy raro para ser correcto, pero inquietante y sugestivo. Es necesario invocar su presencia como un pasado que existe desde el presente, que lo articula, pues solo el presente puede ponerlo en acción. Pensar con él, con su memoria en tanto destello, relámpago fulgurante. Sus textos, como una calle transitada, son incapaces de detenerse y estancarse. Son pasadizos que, seguramente, no llevan a ningún lado y solo sirven para caminarlos mientras se aprende.

Nápoles, por lo menos en el libro reseñado, representa el espacio urbano flexible en cuanto a usos y formas, encarna esos espacios que le dan vitalidad a una ciudad, en donde la gente observa, se relaja, compra, vende, protesta, se lamenta, o celebra. Esta porosidad esta alojada entre los cimientos de las instituciones y las legalidades. Aquí, el concepto de



porosidad se distingue literalmente del concepto de cromatismo puro. “En realidad la ciudad es gris –dice Benjamín– un gris rojo, u ocre, un gris blanco. Y enteramente gris contra cielo y mar. Esto es, no menos, lo que descorazona al turista. Porque cualquiera que sea ciego a las formas poco puede ver aquí”.

Percibir la porosidad consiste en entender el espacio urbano como un proceso, más que como una entidad física fija, y en este sentido, descubrir prácticas y usos que se oponen a un proyecto predeterminado. Esa es, ciertamente, la habitabilidad de la ciudad, o sea, la capacidad de habitar en acción y no solo en construcción. Aprender prácticas rituales que amoldan el espacio y lo convierten en una suerte de “espacio-umbral”, una latente liminalidad de lo “Uno” y lo “Otro”, cuya condición intersticial relaciona situaciones diversas en lugar de separarlas.

La porosidad es la capacidad que tiene la actividad humana de perforar diariamente un perímetro construido y de proveer un modelo alternativo a los enclaves urbanos de la “ciudad moderna” que han apostado por la separación de usos. Esos mandatos que optan por colocar unívoca y cartesianamente “cada cosa en su lugar”. Lo poroso, por el contrario, exhibe escalas casi-armónicas y rítmicas. Benjamín, refiriéndose a la música local, destaca que cada tema es residuo del anterior y prelude del siguiente. Relación de continuidad espacio-temporal, de momentos intercalados, y que llevados a la ciudad, conforma la permeabilidad.

En síntesis, se ha escrito brevemente sobre espacios con características heterotópicas que encarnan lo no-lineal y no-secuencial, la multiplicidad, la ambigüedad y la ambivalencia. También, lo creativo, la poiesis, los exteriores y los márgenes de las regulaciones. En ellos nada está definido, todo está en deslizamiento. Existe encuentro y contacto. El pre-establecimiento, la quietud y el reposo son remplazado por la espontaneidad, la itinerancia y la acción. Es una esfera social, cultural y arquitectónica que siempre está preparada para recibir abiertamente el porvenir, lo inesperado.

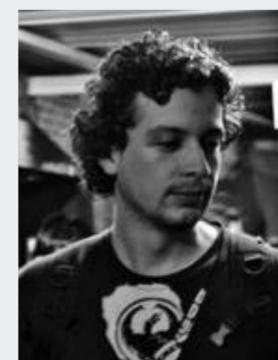
El material con el que está fabricado Nápoles es el tufo amarillo, elemento volcánico manado de las profundidades marinas por el Vesubio y solidificado al contacto con el agua mediterránea. Fuego y agua, del

volcán y del mar, hechos roca. Empero, más allá de la morfología, el caos, lo dialógico y lo rizomático imperan. Se trata de estética derivadas de “otras” modernidades, modernidades de “otro modo” o, mejor dicho, de trans-modernidades. Campo y ciudad también se atraviesan, lo animal y lo humano, el cuerpo y el alma. La identidad de la ciudad se levanta constantemente, día con día. Ciudad-ciudad, ciudad-transporte, ciudad-placer, ciudad-congregación, ciudad-trabajo, ciudad-comercio, ciudad-ocio y ciudad-dormitorio.

La permeabilidad testifica el estado en el que las distinciones categóricas se disuelven. Aceptar lo poroso, como matriz metódica, es dejarse contaminar por lo callejero, por las sabidurías indiciarias y eternas de las gentes. Entrar en las fisuras, en lo que pasa entre la continuidad y la irrupción. La realidad napolitana proyectada por Walter Benjamin sirve de excusa, de ahora en adelante, para repensar las ciudades cercanas.

REFERENCIAS

Benjamin, Walter (2011) *Denkbilder, Epifanías en viajes*. Buenos Aires, Cuenco de Plata.



Mag. Luis Armando Durán Segura.

Antropólogo: Luis Armando Durán Segura. Mag.

Investigador y profesor Universidad de Costa Rica (UCR).

Correo electrónico: luarduse@yahoo.es

Magister Estudios Culturales, Universidad de los

Andes. Magister Antropología, Universidad de los Andes

Bachiller y Licenciado en Antropología, Universidad de Costa Rica.

ESTA PUBLICACION FORMA PARTE DE:
THIS ARTICLE IS PART OF:

REVISTARQUIS